

EDICIONES PAULINAS - MADRID

24



EL PRINCIPE Y EL MENDIGO

Film de la W. B. con ERROL FLYNN y los gemelos MAUCH



EL PRINCIPE Y EL MENDIGO

EXTRACTO DE LA NOVELA

«THE PRINCE AND THE PAUPER»

DE MARK TWAIN

PERSONAJES E INTERPRETES:

<i>Miles Hendon</i>	ERROL FLYNN
<i>Lord Hertford</i>	CLAUDE RAINS
<i>El príncipe Eduardo</i>	BOBBY MAUCH
<i>Tom Canty</i>	BILLY MAUCH
<i>Primer Lord</i>	ERIC PORTMAN

ES UN FILM DE LA

WARNER BROSS - Continental Film Inc.

DIRIGIDO POR

WILLIAM KEIGHLEY



En la ciudad de Londres tocaban los campanas a fiesta aquel lejano día del año 1537 para anunciar el nacimiento de un niño, hijo de Enrique VIII, que aseguraba su descendencia y la continuidad de la Casa Tudor. Toda la población participaba del regocijo y brindaba por el recién nacido, haciendo votos en lo más íntimo de su alma para que el futuro rey fuese menos cruel que su padre.

Aquel mismo día, en uno de los suburbios más inmundaos y de peor reputación de la capital, en una casucha miserable, nacia otro niño cuya aparición no se acogió con muestras de alegría; antes al contrario, su padre, un ladrón profesional, se daba a los demonios al ver que la criaturita había nacido sana y robusta, cuando un hijo débil y enfermi-

so hubiera sido mucho más apropiado para mover, mendigando, a los transeúntes. Este niño se llamó Tom, y su madre no lo vio crecer: murió de necesidad muy poco después, dejando al pequeño en manos del padre, violento y brutal, y de la madre de éste, una vieja alcohólica.

Pero Tom Canty no era un chiquillo del todo desgraciado. Tenía un buen amigo y gran protector en el padre Andrés, un digno sacerdote que le había enseñado a leer y hasta el latín, que le prestaba libros y fomentaba en él un ardiente deseo de salir de aquella condición y llegar a hombre honrado y provechoso para la sociedad.

Tom leía en los libros del padre Andrés ejemplos de príncipes y de reyes que le apasionaban y exal-

taban su imaginación. Su juego preferido era, como consecuencia, hacer de rey con sus compañeros, y, sentado en un trono, con una olla al revés sobre la cabeza por corona, hacía como que gobernaba aquella corte de raparuecos desuportados. No entraba en cuentas, sin embargo, con su padre, que, si le sorprendía en semejante juego, le maltrataba sin compasión.

Escapando de los crueles palmones que recibía en su casa, alejase una noche tan de ella, llegando hasta las afueras del palacio real, y como llovía y se sentía cansado y hambriento, parecióle

lo mejor tumbarse bajo un banco de piedra, y allí se quedó profundamente dormido.

El otro niño—el hijo del monarca—había crecido en la regia mansión rodeado por toda clase de cuidados y de cariño, entre el regalo de la cuna y el acostamiento de la servidumbre.

Para jugar tenía dos lindas y gentiles compañeras, su hermana Isabel y su prima Juanita Grey, y además un butón, que, con la capucha, las avaritas, los morisquetas rápidos, los muecas grotescas... estaba anegado de divertir y entretener a su joven y real amigo.





Un día, cuando Eduardo se hallaba jugando a la gallina ciega con su corte infantil, lo llamó lord Hertford para que fuese a ver a su padre, enfermo de bastante gravedad desde hacía algún tiempo. No era mucha la simpatía entre el príncipe y lord Hertford. Este era un condesino servil, codicioso, de gran ambición; pero Eduardo quería de todo corazón al duque de Norfolk, sospechoso, sin embargo, de traición para el rey.

El duque entonces envió un criado con una carta al precioso niño, que esperaba una señal suya para aproximarse más al lecho.

El coloquio entre Enrique VIII y su hijo lo había deseado y planeado el mismo lord Hertford, que contaba con la promesa del rey para el cargo de Lord Alto Protector, es decir, hacer que se le nombrase consejero y tutor del joven Eduardo cuando lo muera de su padre, tan próximo entonces, puesto en su cabeza la corona real.

El rey quiso que el niño se sentase junto a él en la orilla de la cama. Su cara adusta dibujó una dulce sonrisa mientras hablaba con Eduardo, que merdeaba un bicho contento de tenerlo cerca de sí, cosa que inútilmente había deseado más de una vez en los días precedentes.

—Yo voy a morirme—dijo el rey contando un movimiento de protesta y de inquietud de Eduardo—, y te nombré el Gran Sello de Inglaterra. Tómalo—añadió, presentándole un cuño de oro recién acuñado prísticamente—. Tiene un poder mágico, pues que transforma en leyes los caprichos de un rey. Úsalo para, Eduardo, para no firmar con él tu propia ruina.

La respiración del rey se hacía cansosa; el esfuerzo del prolongado discurso le había extenuado. Lord Hertford se hizo adelante, probó a insistir que continuase—quería, por encima de todo, el nombramiento de Lord Protector—, pero Enrique VIII le rechazó con decisión.

—Mañana—murmuró—. Mañana los des.

Eduardo abandonó inmediatamente la cámara regia, pero al llegar a su gabinete no encontró en él a las dos damiselas, que se habían retirado por lo avanzado de la hora. Desee de hacer algo, abrió el príncipe un portafolio secreto y bajó al patio del palacio; pero, llegada allí, le atrajeron hacia la verja, para ver lo que sucedía, las palabras gruesas y escritas de las damiselas y del capitán de la guardia. El oficial había descubierto a Tam Carty debajo del banco de piedra, y después

de anciano, le estaba administrando una severa ración de galpetazos.

—¡Quieto!—gritó el príncipe con voz imperiosa—. ¿Por qué pegáis a ese chico?

—Es un ladrón, alteza—repuso el capitán.

—No soy ningún ladrón, alteza—protestó Tom con voz suplicante—. Me he resguardado bajo el banco porque estaba lloviendo y me he quedado dormido. Créame, yo no quería robar.

—Te creo—respondió el príncipe con voz clara— y estoy mirando si no ves demasiado sucio para jugar conmigo.

Tom palideció. No se consideraba en verdad el más indicado para jugar con un príncipe, vestido como iba con andrajos rotos y sucios y la cara llena de fango todavía.

—¡Oh, no, alteza!—exclamó—. ¡Vos no podéis jugar conmigo!

—¿Na pueeo? Ahora lo verás; ¡sigueme de prisa!

La voz de Eduardo era autoritaria, para los dos chicos se rieron de buena gana cuando se observaron mutuamente y consideraron su extraña situación. Acto seguido, ante el silencio silencioso de las centinelas, que no se atrevían a intervenir, el príncipe y el desgraciado compañero se internaron por palacio.

Todo le parecía maravilloso a Tom por allí dentro, todo lo encontraba extraño e inconcebible, como si estuviera viviendo una aventura de los libros que tanto le gustaban. Se acordaba de cuanto le rodeaba y hasta de la fruta que el príncipe le daba para que se la comiera.

—Cuando las cuente todo esto a mis amigos—dijo Tom—, de seguro que no me creerán.

—¡Si que te creerán!—gritó Eduardo en uno de los arrebatos tan frecuentes en él.

—Te creerán porque te daré mi ropa y te presentarán a ellos vestido de príncipe.

Dicho y hecho. En un santiamén Eduardo le dio su vestido a Tom, con algo de recelo por el guantillo que todos llevamos dentro, y Tom se puso el magnífico ropaje del príncipe. Este se ensució la cara con polvo de la calzada y el compañero se lavó la suya; así pareció más perfecto el cambio. Pero cuando ambos niños, transformados de aquella manera, se miraron al espejo, quedaron en silencio, porque notaron que eran idénticos a los de antes, pero de forma que Tom parecía ahora el príncipe y Eduardo el mendigo harapiento.

—¡Me pareceis!—murmuró Tom sorprendido.

—No—replicó Eduardo—, eres tú el que te pare-





ces a mí. Pero eso no tiene importancia. Ahora estamos jugando.

Para hacer más divertido el juego, Eduardo descendió bajar al patio en busca de su perro y salió de su aposento. Antes, sin embargo, su mirada se posó en el Gran Salón, que su padre le había confiado y que él dejó en un lado de la mesa. Buscó con la vista un sitio donde esconderlo y lo encontró en seguida: en la camilera de una armadura que había junto a la puerta.

Vestido de andrajes el príncipe, dejó solo a Tom y se fué al patio. Al verlo el capitán de la guardia y los centinelas, lo sujetaron sin consideración alguna.

—¡Bergante, pordiosero, me has ven a pagar todas juntas; te acordarás del repapele que me he llevado por culpa tuya!—bramó el capitán.

—¡Déjame!—gritó encolerizado Eduardo—. ¡Yo soy el príncipe.

Los soldados se rieron a carcajadas. ¡Pues se decía el miserable que era el príncipe! De un empujón lo tiraron al suelo, estragándose más de lo que estaba.

De nada sirvieron las protestas de Eduardo y

que amenazara con cortar la cabeza de aquellas murrinas. Ninguno de ellas dudó ni por un momento de que pudiera ser aquel gallito harapiento su aliado real el príncipe de Gales, quien, como el perfecto pordiosero que parecía, había de alejarse de su palacio, de sus seres queridos, del trono que le estaba esperando cual legítima heredera. Lentamente fué perdiéndose por entre la multitud de la población.

Entretanto, Tom se había quedado en el gabinete del príncipe esperando su retorno. Después de pavonearse con su magnífico collar, de admirar cuanto de admirar había, de comer una cantidad respetable de peras que iba tomando del frutero colmado que tenía a su entera disposición, el muchacho comenzó a encontrar algo prolongado el tiempo de espera. Se hundió en un amplio y mullido sillón y terminó por quedarse dormido con una pera a medio morder en la mano. En esta postura lo halló lord Hertford cuando entró en el aposento, seguido de otros cortesanos.

Extrañado de que el príncipe no hubiese pedido que le acostaran al sentirse con sueño, llamó con voz fuerte:

—¡Altoza!

En silencio, empero, tenía inseguramente el sueño duro aquel día, porque ni siquiera se movió. Entonces lord Hertford se aproximó, se inclinó hacia él, llamándolo de nuevo con voz levantada; por fin, le toró con suavidad en un hombro, y no obteniendo respuesta, acabó por sacudirlo. Tom abrió entonces los ojos y miró, turbado, en torno suyo.

La semejanza entre los dos muchachos era tanta, que nadie podía creer en las palabras de Tom, y todos se convencieron, por lo mismo, de que el príncipe se había vuelto loco de repente.

¿Cómo dar semejante noticia al rey? Este montó en cólera, efectivamente; no quiso creer cosa tan absurda y mandó con voz tanca que le llevasen a Eduardo.



—¡Altoza!... volvió a decir lord Hertford.

Comprendiendo entonces el equívoco, se puso en pie el chiquillo y exclamó:

—¡Yo no soy ni altoza! ¿Adónde se ha ido el príncipe?

Los circosones se miraron asustados. ¿Qué estaba diciendo el príncipe? ¿Que no era él?

Tom insistió y terminó por caer de rodillas.

—Yo soy un pobre mendigo, Tom Conty; creedme. ¡Yo no soy el príncipe!

Acompañado, así sostenido por lord Hertford y lord Saint John, hizo Tom su entrada en la cámara de Enrique VIII, que trató de sonreírle, de hablarle con la dulzura y amabilidad acostumbradas con el hijo.

La mirada de Tom era de tal aturdimiento, que daba compasión verle.

—Vamos a ver, Eduardito, ¿qué es lo que te pasa? ¿Por qué quieres burlarte de tu padre el rey, que te adora y sólo vive para ti?





«Tu padre el rey!». Estas palabras atravesaron el corazón de Tom como una puñalada y cayó de rodillas.

—¡Ay, Dios mío! ¿Vos sois el rey? ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí!

El rey, dominando entonces su emoción, atrajo al chico y le estrechó entre sus brazos.

—Ven con tu padre, hijo querido. ¿Verdad que no te encuentras bien? ¿Por qué flaqueas no reconoces me? Ven aquí, sonríete y dime, ¿quién soy yo?

—Vos sois mi sagrada majestad... balbuceó Tom más muerto que vivo.

—Muy bien, muy bien—dijo alabándolo el rey—. Debes de haber tenido un mal sueño, pues ahora ya se te ha pasado. ¿Cómo has podido olvidar tu nombre? Ea, dime, ¿quién eres tú?

—Yo soy un pobrecito mendigo—balbuceó Tom—. Perdonadme, noble señor; no tengo yo la culpa de estar aquí; se trata de una equivocación; pero me mandáis venir!

El rey empalideció, pero todavía se dirigió amenazador a los circunstantes.

—Grabad bien mis palabras en vuestros corazones! Mi hijo se ha vuelto loco por estudiar de

matemáticas, pero su mal desaparecerá, se curará... ¡Debe curar! Y acordaos que haré ahorcar a todo el que hable en mi reino de la enfermedad del príncipe. Aunque esté demorado algún tiempo, y para siempre, el príncipe de Gales. ¡Ay de quien lo toque! Que se reúna inmediatamente el Consejo de la Corona, pues quiero confirmar delante de todos los barones de mi hijo, que, sano o demente, es el sucesor a la corona de Inglaterra, y la tendrá.

Poco después se hallaba sentado Enrique VIII en el trono del Salón del Consejo y sus ojos castelanos fatigados y crueles bajo el peso de su corona. El rostro, adelgazado, habíase llenado de arrugas; la vida de aquel privilegiado tocaba a su fin, pero la sostenía aún en desesperación. Dirigió a sus consejeros palabras de fuego, llamándoles villas, traidores, ambiciosos.

—Recordad—dijo, por última—que mi hijo Eduardo será vuestro rey; pero para que junto a su inexperiencia haya una persona que sepa aconsejarle y guiarlo en el gobierno del reino, nombro Lord Alto Protector...

Las palabras se le quedaron en la garganta. El rey vaciló y quedó sin sentido. En vano lord Hertford

y el duque de Norfolc se inclinaron hacia él pidiéndole que pronunciase un nombre. El rey había muerto.

Mientras los cortesanos permanecían turbados y desconcertados junto al cadáver del viejo rey, lord Hertford salió rápidamente del salón acompañado de sus incondicionales y corrió a ver al presunto príncipe, que, ignorante de todo, sólo esperaba que volviese el legítimo heredero de aquel trono, que él había usurpado involuntariamente.

—Toma—le dijo lord Hertford entregándole una espada—, dame con ella en el hombro.

—¿No se hará daño?—objeto Tom, mirándole indeciso.

—Pega de plano, así, y pronuncia estas palabras: «Yo, Eduardo Tudor, príncipe de Gales, nombro Alto Protector o vea, lord Hertford, para que guíeis con vuestro consejo mi natural inexperiencia...»

Tom repitió y lord Hertford, satisfecho, se levantó del suelo (se había arrodillado delante del chico conforme lo exigía el ceremonial) y, después de darle las gracias, le explicó en qué consistía el cometido de su cargo, añadiéndole que el príncipe había de consultarle en todos los asuntos.





—Señor—repuso entonces Tom—, si quisiera que
se lo cuente todo, escuchadme.

Hertford despidió con una señal a los cortesanos
y se quedó a solas lavó a Tom a prosequit.

—Yo no soy el príncipe—dijo el chico—; debéis
creerme. Estaba durmiendo bajo un banco y el
príncipe me hizo subir aquí con él; después nos
cambiamos nuestras ropas... Yo soy un mendigo,
Tom Conty. Podéis preguntárselo a la guardia si es
que no me creáis.

Una ligera sombra de duda pasó por la imagi-
nación de lord Hertford, que se apresuró a que lo
informara el capitán. Este confirmó que había es-
palsado del palacio a un gorrillo.

—¿Estáis seguro de que no era el príncipe?—pe-
guntó lord Hertford.

—No podía ser! Iba vestido con andrajos.

—¿Pero podría serlo?

El capitán perdió el color, se turbó, sintió que
su cabeza se hallaba en peligro.







Contósele al fin sugeto a lord Hertford una prueba fabulosa: el perro del príncipe no conocía a nadie más que a él; tan sólo permitía que le tocara su mano.

Llevaron al perro a la presencia de Tom; pero cuando éste quiso acariciarlo gruñó fuerte y quiso morderle.

—No hace ningún amigo—murmuró Tom desilusionado.

—Este perro sólo se deja tocar por el príncipe de Gales—dijo lord Hertford en una enigmática.

—Entonces vos creéis que yo no soy el príncipe? ¡Me dejaréis marcharme a mi casa?—exclamó Tom muy desesperado.

—No; vos sois el príncipe—respondió lentamente lord Hertford; pero mientras en la cara de Tom se dibujaba una sonrisa, añadió:—¿Vos sois el rey?

Tom trató de protestar, pero el lord se le cortó y le dijo con voz amenazadora:

—¿Vos sois el rey, no lo olvidéis! ¿Quisierais dejar vuestra cabeza en el patíbulo? ¿Quisierais que los cuervos hicieran su nidio con cabellos vuestros? ¿E vos dijerais que no sois el rey, os sucederá todo eso!

Tom se quedó aterrado, inclinó la cabeza y lord Hertford, satisfecho por el éxito obtenido con sus

palabras, salió rápidamente para preparar las demás hiles de su trama. Su programa estaba claro: el ínter rey se dejaría guiar por él por temor y por incapacidad. Quedaba un peligro, el de que apareciera el rey verdadero, y eso había que impedirlo por encima de todo. Tras una corta entrevista con el capitán de la guardia, salió éste con encargo—bajo pena capital—de encontrar a Eduardo y matarlo sin contemplaciones.

El rey había muerto y la noticia se dio a la ciudad con el lúgubre toque de las campanas. Estenuado por el cansancio, mientras vagaba por entre la multitud, supo Eduardo de labios de un sacudote que habitaba en el atrio de una iglesia que se había quedado huérfano. El pecho se le llenó de congoja y de dolor, pero la gente que se hallaba en tanto suyo comenzó a celebrar la subida al Poder del nuevo soberano.

—¡Viva Eduardo VII!—gritaban por todas partes.

—Esperamos que sea mejor que Enrique VIII—dijo un hombrón que arreado a un caballo cargado de leña.

Eduardo se le acercó y, tomando un palo, le blandió amenazándole con él y diciéndole:

—¿Cómo te atreves a insultar a mi padre?

—¡Tu padre! ¿Y quién conoce a tu padre, mecora?

—Yo soy Eduardo VI de Inglaterra y tú has insultado la memoria de mi padre!

El leñador y los presentes se echaron a reír, pero Eduardo estaba excitado, y así, de los pe-
lismos pasaron a los hechos en poco tiempo: el
príncipe, blandiendo su pala, se vio frente a una
multitud entrecida.

—¡Quietos! ¡Que nadie se mueva! ¡Basta ya!

Había llegado un joven y robusto soldado: en
aquel momento y trataba de poner fin a la lucha
desigual. Pero como nadie le hacía caso, se subió

a un carrito y, de un salto, se lanzó sobre los que
acometían al muchacho.

En soberbo, presentósele al militar una ocasión
propicia para defender a su rey, desenvainando la
espada.

—Muchacho—le dijo el joven—, puedes confiar
en Miles Headon. No te cases con vana palabrería;
ya trase a camino a esta bellaca.

No es que Miles creyese más que la multitud
en lo que decía Eduardo, pues también se había
moviendo él de que el chico estaba loco; pero







se había ganado su valor, y como, además, tenía un corazón noble y generoso, no podía ver que se arrojase a un inocente.

El combate se desarrollaba, sin embargo, mal para él y su protegido, cuando, afortunadamente, apareció en la plaza un escuadrón de la Guardia Real, que dispersó a los contendientes. El soldado tomó al príncipe de la mano y se apresuró a alejarse corriendo y se encaminó a la hospedería donde tenía su habitación.

Eduardo tomó allí asiento junto a una mesita, y cuando Miles le hubo puesto delante sus escasas provisiones alimenticias—una pierna de cerdo a medio consumir y un pan—, se sentó él también junto al muchacho. Pero al príncipe no le pareció bien.

—¿Cómo os atrevéis a sentaros delante de vuestra rey?—exclamó airado—. No le permite el ceremonial. ¡Aleaos!

Miles iba a replicar, pero acabó por sonreírse. ¡Pobre chico!, tenía que seguirle la corriente.

—Es verdad, majestad—repuso con cara seria—. Pero mirad: después de la comida que nos hemos dado, ya también siento necesidad de descansar.

—Lo comprendo—musitó Eduardo, y Miles hizo entonces ademán de sentarse otra vez.

—¡No!—gritó el muchacho dando un golpe en la mesa con la pata de cerdo descarnada—. ¡Hoy que guardo la etiqueta! ¡Levantaos!

El soldado obedeció y, apoyándose ora en un pie, ora en otro, estiró a la comida de aquel rey cubierto de harapos.

—Ahora estoy satisfecho—dijo éste al fin—. Después de todo, caballero—añadió, tras un momento de reflexión—, yo os estoy reconocido. Si queréis pedirme algún favor, os tengo más que hablar.

Estorándose por no reírse, pensó Miles que no debía dejar escapar una oportunidad tan propicia.

—Majestad, os pido al favor de sentarme en vuestra presencia.

Eduardo reflexionó un instante, tomó después la espada del caballero y le indicó que se arrojase ante él. El joven mozo aún tenía todavía en su izquierda la pierna de cerdo, no recogida del todo, y en la derecha, la espada, apoyada en el hombro del caballero.

—Os concedo a vos y a todos vuestros descendientes que os podáis sentar, hasta el fin del



reino de Inglaterra, en presencia del rey. Ya era, caballero.

Miles Hendon le dió las gracias con suma gravedad y se apresuró a conquistar su asiento en la silla. A la mañana siguiente salió para comprarle a su amiguito un ropaje más decente, pero al regreso tuvo el disgusto de no encontrarle donde le había dejado.

Supo por el dueño de la hostería que había ido un hombre y se había llevado al muchacho. Según logró averiguar, el hombre era el padre de Tom, que, habiéndole reconocido entre la multitud, juzgándole hijo suyo, habíalo seguido y, aprovechando la ausencia de su protector, se le había llevado con él. Miles temió que ir por el chico a casa de Juan Canty al quería hacerse otra vez con él.

Confundido por la mano dura del ladrón, se veía arrastrado Eduardo, efectivamente, hacia la sucia y miserable vivienda de Tom Canty. Pero como el niño se rebelaba e intentaba librarse protestando que no era su hijo, alzó el rey de Inglaterra, furioso el hombre, tomó un garrote y comenzó a golpearle brutalemente. Alguien, sin audirarlo, se interpuso entre él y el chiquillo y detuvo su brazo.

—¡Dejad en paz a este muchacho!

Era el padre Andrés. Pero aquel ladrón, más enfurdecido que nunca, blandió el garrote sobre el sacerdote y le tumbó a tierra, mortalmente herido. Después de esto metió a Eduardo en la casa, donde le recibió gruñendo con voz ronca la abuela hecha de Tom, por cuyo rostro caían unas mechones de pelo, que más parecían de estupa, salidas de la cabeza por debajo de la venda blanca. El joven rey fue arrinconado a empellones y punto

plés como un moedón de tropas y hubo de permanecer inmóvil en el suelo, donde estaba caído, cuidando de preservarse lo mejor posible de la horripilante tempestad.

En esto llamaron a la puerta: era un vagoabundo tonto, Hugo, que advirtió a Juan Canty que se le buscaba por haber matado al padre Andrés. El ladrón decidió entonces dirigirse a un lugar donde acostumbraban reunirse los de su colaña, y, dejando sola a su madre,uyó, llevándose consigo al que era su hijo suyo, pues temía que resultase un testigo comprometedor de su crimen.

De esta forma encontráse el heredero de la corona inglesa en medio de una banda de malhechores, homicidas y ladrones. Cuando oyó de labios de aquellos desgraciados el relato de su vida miserable y supo la injusticia de algunas leyes que los oprimían, impidiéndoles vivir honradamente. Eduardo—que había estado escuchando sin que le viera—se adelantó y les dijo:

—¡No os preocupéis! Esas leyes quedan abolidas a partir de hoy. ¡Os lo prometo yo, Eduardo VI, rey de Inglaterra!

Un coro de risotadas acogió estas palabras, y el chico, molesto porque sus reales promesas fueran acogidas con tanta ingratitud, prorumpió en amenazas, y aquellos bribones le pusieron una olla fría en la cabeza, le cubrieron con una manta tapajosa y comenzaron a bailar en torno suyo, vitoreando al rey de los lobos.

Eduardo callaba, apurando el amargo cáliz de la otra afrenta, y no sabía que aun le reservaban el destino algo peor.

Cerca de aquella cueva de ladrones había una

hospedaje, y Juan Conty y Hugo planearon un buen golpe de mano a costa de los huéspedes.

Bajo amenaza de aplicarle al cuerpo esas céntricas y jabón, que le producirían llagas indomables e incurables, hubo de seguirlos Eduardo y hasta ayudarlos a llevar a buen fin la empresa introcinal.

No sabía Eduardo que en la noche anterior hubiese llegado a aquella hostería un señor que precisamente se interesaba mucho por él. Ese señor era Miles Hendon, a quien le había dado indicaciones sobre la cueva de ladrones la madre de Juan Conty, y confiaba por eso en encontrar pronto a su jovenito protegido. También se alojaban





en la hospedaría un grupo de personas que calmamente buscaban al joven monarca, aunque con una finalidad muy distinta. Era el capitán de la Guardia Real y dos de sus ayudantes, a quienes lord Hestford les había encargado la muerte del niño.

Durante la comida, pocos palcheros imprudentes se escaparon de los labios del capitán, para hacerlos ver que, cogiéndolos al vuelo, se permitían Miles de que el chico protegido y salvado hasta entonces por él era de verdad el rey legítimo de la nación y que se tramaba un infame atentado.

La noche, entretanto, hizo su aparición, y todos se retiraron a dormir, excepto Miles, al que se le brindó gentilmente una jovenzita canchera para hacerle compañía.

Tres sombras se aproximaron a la hospedaría, y Juan Canzy, Hugo y Eduardo penetraron en una ho-

blación, en donde atrajo la ovidea de los ladrones una caja bastante abultada. Pero el durmiente se movió, los vio y fue a gritar para pedir socorro; mas, rápido como un rayo, abalanzóse sobre él Canzy con una navaja en su mano, y lo hubiese matado al no cogerse Eduardo desesperadamente de su brazo.

El ruido de la lucha y las voces del agredido obligaron a los malhechores a salir huyendo, y tras ellos corrió también Eduardo, y como le reconoció Miles al pasar por delante de donde estaba, echó detrás de ellos. Así pudo llegar a tiempo para librarse de Juan Canzy, que iba a matarle. Un combate horrible se entabló entre el soldado y el asesino, pero la valentía y habilidad de Miles triunfaron plenamente, y al padre de Tom terminó su canchaca vida de malhechor y delin-





cuenta atravesada por la espada del valeroso caballero.

Habían acudido entretanto guardias y huéspedes en busca de los ladrones. Por creerlos culpables, detuvieron a Miles y a Eduardo en la hospedería. Mientras estaban al primero a una silla, reconoció al capitán en el otro, bajo las harapos que le ensuciaban, al joven rey que buscaba. Le persuadió de que no se rebelase y le susurró al oído que tenía orden de amarrarle y conducirlo a Londres, con lo que logró que le siguiese de buen grado, después de prometiéndale largamente que no se molestaría en nada a Miles Handon.

El capitán montó a Eduardo en su mismo caballo y los tres se alejaron, cabalgando al amparo de la noche.

Cuando se hallaron bastante adentrados en la espesura del bosque, el capitán se dispuso a poner en práctica su cruel plan. Pero no podía con Miles Handon, que, librándose de sus ataduras, con la ayuda de la llana camarera, conquistada con su soga, había seguido las huellas de los caballos. De esta forma pudo presenciar Eduardo una prueba más del valor y de la combatividad de su amigo, que logró deshacerse de

sus tres adversarios, que pagaron con la vida el precio de su infamante traición. ¡Entonces sólo quedaba llegar pronto a Londres!

En el palacio real de Westminster, en Londres, había comenzado Tom, entusiasmado, el aprendizaje del difícil arte de ser rey bajo el control vigilante de lord Hertford. Conoció primeramente cuán compleja y fatigosa es la jornada de un soberano desde el preciso momento en que abre los ojos, pues toda prenda de su vestido ha de pasar por las manos de cincuenta cortesanas apresadas a su servicio antes de llegar a él.

El antiguo mendigo se sentía impresionado en aquella jaula dorada, y Dios sabe cuánto hubiese dado para ser de nuevo el pobrecillo Tom Canty. Lord Hertford le dominaba por completo, aunque no siempre había logrado hacerle firmar alguna ley que a Tom le parecía injusta. Sin embargo, consiguió que firmase la sentencia a muerte del duque de Norfolk, su enemigo más odiado; pero como había desaparecido el Gran Sello de Inglaterra, el decreto no podía hacerse ejecutivo sin esa señal: por eso el duque se hallaba solamente encarcelado.

La desaparición del Gran Sello era un misterio

que lord Hertford no acertaba a decirle. Tom no sabía contestar a sus preguntas sobre el particular, ni siquiera sabía qué era el Gran Sello. Solamente el príncipe verdaderamente habría podido aclararlo, pero también él había desaparecido.

Con el discurrir de los días llegó el momento de la coronación del nuevo rey, y Tom Canty, hijo de un asesino y ladrón, estaba a punto de ser reconocido oficialmente como rey de Inglaterra.

La histórica abadía de Westminster había sido ricamente engalanada para la ceremonia que iba a celebrarse.

Los tribunas se hallaban repletos de la más ilustre nobleza del reino, y una inmensa muchedumbre, formada por los aldeanos que habían podido conseguir un boleto de entrada, ocupaba las espaciosas naves, que se elevaban hacia el cielo en las espléndidas volutas de sus arcos.





esculpidos a maravilla. Hallábanse también presentes los representantes de todos los países extranjeros, que, como los demás, lucían sus mejores galas.

A los acordes de una marcha triunfal hizo su aparición el héroe de la fiesta, Tom Canty, pálido de emoción, que, llegando al magnífico trono previamente preparado, se arrodilló en un alto reclinatorio en espera del momento culminante de la ceremonia.

De sus hombros pendía un pesado manto de armiño como prenda de su realeza. Tras complicadas operaciones, exigidas por el ceremonial, el arzobispo de Canterbury levantó con gesto solemne la corona de la dinastía inglesa para colocarla en seguida en la cabeza del muchacho. Un minuto y Tom Canty sería el soberano de Inglaterra.

Fue una aguda voz infantil rompió de pronto el silencio del templo, sembrando la confusión en la asamblea.



—¡Que nadie se mueva! ¡El rey soy yo!
¿Quién era aquel muchacho tan burdoamente vestido que con gesto imperioso imponía un alto en tan augusta ceremonia?

Loni Herford y algunos alabarderos rodearon con círculo apretado a Tom; pero éste, con increíble estupor de todos, los apartó y dijo, poniéndose en pie:

—Sí, sí: él es el rey verdadero!

Luego, cuando el desconocido llegó al trono con paso tranquilo, cedóle el puesto y se arrodilló ante él.

—Majestad, sagrada majestad, Tom Conty quiere

ser el primero en daros la bienvenida y prestaros juramento de eterna sumisión. (Para vos la corona del reino de Inglaterra)

Todos quedaron sin saber qué decirle.

Estando juntos los dos chicos se podía apreciar el extraordinario parecido entre ambos. El arzobispo comenzó a hacerle una retahíla de preguntas al recién llegado sobre la corte, los dignatarios y las dependencias del rey, a todo lo cual respondió con tal presteza y exactitud, que Tom veía gozoso aproximarse el momento en que se abriría su dorada prisión.

Pero no le bastaban al arzobispo las respuestas







acertase para saber si decida cierta que fuese el rey de verdad: se requirió, según él, una prueba clara, convincente del todo.

—Pues bien se le ocurrió una idea genial.

—Atended—dijo al que parecía un vago—: ¿podéis descubrir el misterio del Gran Sello y decirme dónde se encuentra? A esta pregunta sólo puede contestar quien sea el hijo verdadero de Enrique VIII, y, por lo mismo, ella decidirá la cuestión del trono.

Todos reprubaron la ocurrencia y aguardaron la respuesta, que no se hizo esperar.

—Majestad, el sello no se encuentra.

Lord Hertford estaba ordenando ya que se llevasen al pequeño impostor, cuando Tom le hizo detenerse una vez más. Entonces el arzobispo dijo, viendo de ganar tiempo:

—Estáis seguros, Saint John, de que el Gran Sello no está allí? No es el grueso disco de oro un objeto tan pequeño que pueda desaparecer fácilmente...

A estas palabras se avivó la memoria de Tom y exclamó con alegría:

—Un disco de oro! ¡Por fin sé yo lo que es el



Con la mayor desenvoltura dirigióse el pequeño mendigo a lord Saint John y le invitó a que buscase el precioso sello en un escondite oculto de su habitación, cuya existencia nadie conocía. Allí estaba.

La seguridad de Eduardo asustó.

Con gran expectación, aunque ya convencida, esperaba la multitud existente al regreso de lord Saint John: pero éste volvió moviendo la cabeza y dirigiéndose a Tom:

Gran Sello, del que todos hablan! Majestad—añadió con viveza, vuelto a Eduardo—, el sello no está en el escondite que decís: vos mismo lo pusisteis en otro sitio antes de salir de la habitación dando una dejanteis vuelta con vuestras ropas. ¡Intentad recordarlo, pues así todos estos quedarán convencidos de que vos sois el rey verdadero!

Eduardo se reconcentró por recordar con desesperado énfasis, pero aquella escena de la jornada



memorable, aquel particular, huyó de su memoria.

—Recuerde su majestad—acudíale Tom—que, antes de salir, vos tomasteis algo que se hallaba en la mesa y la pusisteis...

—¡Ya me acuerdo! ¡Lo puse en la canillera de la armadura que hay colgada en mi gabinete!

Lord Saint John corrió en su busca, y esta vez volvió radiante trayendo el precioso sello, mientras la cúpula de la antigua abadía parecía vibrar abajo con el griterío que se armó.

—¡Viva el verdadero soberano!

Ya podía ponerse el santo regio al rey legítimo, y el arzobispo de Canterbury, ceñirle la sagrada corona de Inglaterra. El estruendo de los cánticos anunció a toda la ciudad que Eduardo VI había subido al trono.

Si el primer acto de Eduardo VI, al acceder al trono de su padre, fué liberar al buen duque de Norfolk y nombrarle Alto Protector, al segundo

debía haber sido condenar a lord Hertford. Pero la lección que el dolor y la miseria de su pueblo habían dado al joven monarca mientras estuvo confundido entre los más humildes de sus súbditos, le habían inclinado el ánimo a la comprensión y a la clemencia. Se limitó, pues, a desterrarlo.

Hallábanse presentes al acto todos los altos dignatarios de la corte, y entre ellos también Miles Hendon y Tom, quien, tamiendo todavía al poder de lord Hertford, se resguardaba con el corpulento soldado, el que, así como había defendido a su rey, aun cuando le consideraba un mendigo cualquiera, no negaría su protección tampoco a Tom, que había sido un mendigo de verdad.

Mientras se retiraba Hertford, para no comparecer ya más en la presencia del rey de Inglaterra, sintiéndose cansado Miles por la ceremonia, sentóse tranquilamente en los gradas del trono, a los pies del soberano. Un grito de indignación salió

unánime del pecho de los signatarios, y muchas espadas se desenvainaron para castigar al insolente; pero Eduardo los detuvo a todos con un ademán.

—¡Calelos, señores! Sir Hendon no pretende con su ultraje alguno a nuestra real persona, sino usar de un derecho por nos concedido a él y a sus descendientes. Ahora, sir Hendon, y en prueba de nuestro reconocimiento te nombramos capitán de nuestra guardia. Ahora, señores—añadió vuelto a la corte—, os rogamos que nos dejéis solos.

Fué obedecido, pero la voz del rey reclamó a Tom, que se coló del salón, juntamente con los demás. Ambos se sentaron amigablemente en las gradas del trono.

—Ahora te toca a ti, Tom—dijo Eduardo, enseñándole un pergamino que tenía preparado—. Quiero asegurarte al porvenir.

Tomó el Gran Sello y se dispuso a timbrar el documento.

—Mi padre me recomendó que lo usase poco, pero ya lo emplearé con frecuencia para timbrar





aquellas leyes que optiman a mi puesto, y así evité que la miseria se opusiera en sus hogares.

El grueso disco de oro saltó en la mano del joven subleón. Su mirada se cruzó con la de Tom, que, ignorando el valor y poder mágico del Gran Sello, lo había usado para coser nueces, cuando ellas lo buscaban desesperadamente.

—¿Cuánto llegaron a reírse el propio Eduardo y

la corte entera por la ingenua declaración del pobre chico?

Eduardo se sacó por debajo del manto de armiño una hermosa nuez, la puso en uno de los grifos del trono y la partió con un golpe seco del Gran Sello.

—¡Pues parte muy bien las nueces!—dijo, mientras se disponía a comérsela.

Index
9/18
86

Cine Albums



CINE ALBUMS

DON CAMILO
TERESA
KIM
EL PRINCIPE Y EL MENDIGO
EL GRAN CARUSO
EL PADRE DE LA NOVIA



En Prensa

MUJERCITAS
EL PADRE ES ABUELO
CAPITANES INTREPIDOS
ADIOS, SEÑORA MINIVER
LAS MINAS DEL REY SALOMON

EDICIONES PAULINAS

Carreras 10 (Paseo Paz)
MADRID